

EL ALBOROTO DEL CORAZÓN

Por Néstor Tato

El martes a la mañana me reverberaban los pensamientos sobre el *cor* y me enfrenté con la mirada ajena en una situación laboral: ahí ví que “en todo estoy yo” (buen rayo parta a Mauricio). Como todo son emociones que siento, sentimientos del mundo y de mí mismo mezclados, me quedó claro de dónde vienen las vivencias. Cuál es la fuente de la que brotan.

Y me emborraché de mí.

Ví ese salirse de mí lo mío como previo al mundo y fue demasiado. Al alinearse las imágenes en un “chorro” imaginario caí en cuenta que era esa dirección y el emplazamiento de las imágenes en esa corriente lo que servía de base a la contradicción. Reconocía en las situaciones de contradicción que viví, que eran cosas contradictorias que pensaba, sí, pero más, era que esas cosas, cada una comprometía a un aspecto de mí. Era como que yo quería desplazar a yo. Esa pelea no se da en el terreno de “mí”, de esa imagen de mí que está ahí y puedo ver, sino que arraiga en mi corazón y amenaza con partir mi plexo cardíaco.

Ahí entendí cómo podía “invertirse la correntada de la vida”. La vida brota con una dirección –hacia el mundo– pero las imágenes de mí pueden doblegarla y revertirla.

Por la contraria, caí en cuenta de la unidad interna: unidad, concordancia, alineamiento hasta la fusión, de las imágenes de mí, de mis sentimientos de mí.

Y lo paradójal: sentir-me, más bien hacer algo conmigo, no sólo es un absurdo lógico en tanto yo no soy algo objetivable; sino que es una trampa. Porque puedo creer en un “mí” sobre el que puedo operar y esa fantasía desvía mi intención, anula su eficacia. Pero es tan entretenido... Narciso puede confirmarlo.

Lo paradójal está en que para hacer algo conmigo tengo que hacer algo con mi mundo, el sector de mundo que me compromete, que me ha sido dado como punto de aplicación, como materia a transformar. Porque al trabajar con esa materia, no importa el resultado, puedo ver-me, percibir-me, advertir-me, y lentamente, cambiar.

La visión del flujo imaginario desde el *cor*, una visión imaginaria, claro está, fue lo que me emborrachó, me inflé, pagándome de mis reflexiones.

En casa topé con Nation of Change y el artículo que traduje pensando en *Pressenza*: no pude dejar de hacerlo. Las imágenes que pintaba Chris Hedges eran en dos o tres párrafos la descripción exacta de lo que estamos viviendo con Mauricio, a 70 años de distancia. La conmoción que no puedo evitar por la tragedia judía a manos de los nazis, ligada a lo absurdo de nuestra situación actual, me hizo bullir el corazón con dolor empático y propio, ira histórica y presente, y la impotencia frente a las correntadas históricas que nos arrastran. Y claro, yo, imágenes de mí y lo que podría hacer, imágenes de mí y lo que no puedo hacer. Una fiesta de fuegos artificiales con banda de sonido estereofónico y sonos revolucionarios. Con cada bengala volaba mi corazón, mis sentimientos se desparramaban en la utópica región de ningún lugar.

Ayudado por el extraño vacío que me chupa cuando se viene un feriado largo, quizás porque la anticipación en imagen del no hacer nada me incita a la molicie, se me vació el *cor*.

Sólo la satisfacción de ver-me haciendo lo que siempre quise y que me salga, me impulsa a pasar lo escrito, a escribir, a comunicarlo. Con la extraña sensación de que eso *soy* y no puedo evitarlo, sólo aceptarlo.

Quizás, algún día me ausente del *cor* y la alegría reine espontáneamente.

La Reja, junio 17 de 2016